



Auteuil, fiesta de Pentecostés 1859

SOBRE EL ESPÍRITU SANTO

Queridas hijas,

No dejéis pasar esta gran fiesta de Pentecostés sin pedir mucho al Espíritu Santo por vosotras y por la Iglesia. El Espíritu Santo es un espíritu de humildad y de caridad, pero es sobre todo es el Espíritu de Dios. Yo digo el Espíritu de Dios en oposición al espíritu del hombre que reina tan fuerte en nosotras. Deseemos mucho para nosotras ese espíritu sobrenatural que nos hará tener los pensamientos de Dios sobre todas las cosas. El mismo Espíritu Santo ha dicho por la boca de un profeta: “Vuestros pensamientos no son mis pensamientos y vuestros caminos no son mis caminos”¹. En efecto, existe una distancia infinita entre los pensamientos de Dios y los pensamientos del hombre, entre los juicios de Dios y los juicios del hombre. Y nosotras, llamadas al claustro para vivir en una atmósfera plenamente sobrenatural, ¿tenemos puestos enteramente todos los pensamientos, todos los juicios del propio espíritu para dejarnos enteramente conducir por el espíritu de Dios? ¿Cuál es el alma lo bastante desprendida de sí misma para no tener otra vida, otro impulso, otro movimiento más que el que recibe del Espíritu Santo?

Avergoncémonos, queridas hermanas, de lo que ocupa nuestro espíritu la mayor parte del tiempo, y de la tenacidad que ponemos para querer conservar nuestras ideas y nuestros sentimientos frente a las ideas y a los sentimientos de Dios. Todo esto nos parecerá pequeño y despreciable, cuando después de haber cerrado los ojos a la luz de este mundo, empecemos ya a ver las cosas a la luz de Dios. Como lamentaremos habernos dejado llevar de nuestros propios pensamientos cuyo vacío entonces reconoceremos. ¿No es verdad una locura rechazar la conducta de la infinita sabiduría para abandonarse a la de un espíritu vano e insensato como es el espíritu del hombre? Sorprendámonos, hermanas, mirando nuestra alma. Viendo el *yo* y el *mi* tan vivos en nosotras y digámonos llenas de una confusión saludable, ¿cómo puede ser que tantas gracias que he recibido no me hayan anonadado enteramente todavía para dar lugar a una nueva criatura movida por el Espíritu Santo?

¿No somos templos de ese Espíritu divino? Lo somos por el Bautismo y desde ese día ha comenzado a habitar en nosotras. Lo somos por la Confirmación que ha sido como el sello que el Espíritu Santo ha puesto en nuestra alma para marcar que le pertenece. Pero ¿no lo somos de una manera todavía más particular por nuestra profesión religiosa? ¿Queréis que les dé la prueba? Si una de vosotras tuviese la desgracia de manchar su cuerpo con un pecado contra la castidad, habría hecho un sacrilegio, como habría

un sacrilegio si se usara un copón o un cáliz para una acción profana. Con qué respeto debemos mirar así a nuestro cuerpo, verdaderos copones, destinados a contener la majestad de un Dios.

También es el principio del respeto que nos debemos las unas por las otras, es el principio de la obediencia puesto que obedeciendo a nuestros superiores obedecemos al Espíritu Santo que vive en ellos. Esta atmósfera de pensamientos sobrenaturales es propia para hacernos salir de nuestros prejuicios, nuestras antipatías, de todo lo que no estaría completamente conforme a este Espíritu de caridad y de obediencia que nos ha elegido para ser sus templos y su morada. Es sobre todo para nosotras, religiosas, las que podemos contristar al Espíritu Santo por esas pequeñas infidelidades cotidianas, esa falta de docilidad a la gracia de la que quizás no nos hemos reprochado bastante.

Además, hijas mías, no nos contentémonos con rezar por nosotras. Recemos también por la Iglesia, recemos para que una gran efusión del Espíritu de Dios se derrame sobre todos sus miembros, para que la paz se restablezca entre sus hijos y que la sabiduría de lo alto sea dada a todos los que la gobiernan. Recemos para que sus sacerdotes sean santos, fervorosas sus comunidades religiosas y se unan todos los fieles por un vínculo profundo de obediencia y de caridad.